

+

«Resurrexi et adhuc tecum sum»



Queridos hermanos,

Desde los tiempos más antiguos la liturgia del día de Pascua empieza con las palabras que cantamos al comenzar esta celebración: *Resurrexi et adhuc tecum sum* - he resucitado y siempre estoy contigo; tú has puesto sobre mí tu mano. La liturgia ve en ello las primeras palabras del Hijo dirigidas al Padre después de su resurrección, después de volver de la noche de la muerte al mundo de los vivientes. La mano del Padre lo ha sostenido también en esta noche, y así Él ha podido levantarse, resucitar. Pero estas palabras del Resucitado al Padre se han convertido también en las palabras que el

Señor nos dirige: «He resucitado y ahora estoy siempre contigo», dice a cada uno de nosotros. Mi mano te sostiene. Dondequiera que tú caigas, caerás en mis manos. Estoy presente incluso a las puertas de la muerte. Donde nadie ya no puede acompañarte y donde tú no puedes llevar nada, allí te espero yo y para ti transformo las tinieblas en luz.

La fe de la Iglesia profesa inequívocamente, desde los Apóstoles hasta hoy, la resurrección de Jesucristo; una realidad que el mismo Señor había anunciado y que los Apóstoles no habían entendido entonces. El símbolo del I Concilio de Constantinopla expresa esta fe con la fórmula que repetimos en la liturgia: «resurrexit tertia die secundum Scripturas». Esta fe es ante todo la fe en un hecho histórico. Al comienzo del tercer día tras la muerte, Jesús de Nazareth resucitó: volvió a la vida con el mismo cuerpo que había sido sepultado, mostrándose de modo inequívoco a sus discípulos por espacio de 40 días.

Desde que el modernismo condenado por Pío X ha infiltrado su veneno en la Santa Iglesia de Dios, son muchos los autores que han venido negando la historicidad de este hecho. Por ejemplo, el teólogo protestante Bultmann afirmó que la resurrección es un mito, que como todo mito encierra una cierta realidad. Si desmitologizamos el hecho, resulta que la fe en la resurrección «no es más que la fe en la cruz como evento de salvación». Si aceptamos esta afirmación toda nuestra fe queda destruida. Es una simple y en el fondo dramática realidad: si el sepulcro de José de Arimatea se quedó cerrado o vacío sólo porque el cadáver se lo llevaron los discípulos, el Evangelio queda degradado de Palabra de Dios a curioso testimonio de la literatura popular judeo-helenística. Si el misterio que hoy celebramos es de algún modo el Centro del año litúrgico, es porque constituye –junto con el misterio de la Encarnación– el verdadero cimiento en el que se construye toda la fe de la Iglesia. Si Cristo no es verdadera y substancialmente el Verbo de Dios, y si no ha resucitado glorioso en cuerpo y alma después de su crucifixión, vana es nuestra fe. Lo comentábamos en la Homilía de anoche.

Puesto que Dios nos concede «ver» esta realidad inefable por medio de la fe, debemos estar especialmente atentos a las Palabras del Apóstol San Pablo cuando nos exhorta: «si queréis que Jesucristo os haga partícipes del misterio de su resurrección, si queréis entrar en los sentimientos de su Sacratísimo Corazón, si queréis comer la Pascua con El y tener parte un día en su Gloria triunfal, «buscad las cosas de arriba, aspirad a las cosas del cielo, que son las que perduran, desasíos de las de la tierra» (Cf. Col 3, 1-2), que son pasajeras, honra, placeres, riquezas. «Porque habéis muerto al pecado y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios, y así como Cristo resucitado ya no muere, sino que vive para siempre para su Padre, así vosotros debéis también morir al pecado y vivir para Dios por la gracia de Cristo».

Ahora, en el tiempo de la tribulación, quiera Dios que estos pensamientos celestiales nos sostengan durante los días que nos restan aquí en la tierra; pues día vendrá «en que no habrá ya dolores, ni gemidos, ni llantos, y Dios mismo se encargará de enjugar las lágrimas de sus servidores». Esta esperanza nos colma de gozo; así, el misterio de la Pascua, resulta un misterio de alegría en grado eminente. La Iglesia nos lo demuestra al repetir continuamente a lo largo del tiempo Pascual el Alleluya, ese grito de alegría y felicidad tomado de la liturgia del cielo. En la cuaresma prescindió de ese cántico para tener presentes los dolores de su Esposo; pero ahora que lo ve resucitado se regocija con El entonando con fervor esa exclamación jubilosa.

No olvidemos en este Tiempo Pascual que hoy comenzamos, que somos uno con Cristo, que su triunfo es el nuestro y que su gloria es principio de nuestro gozo. Repitamos con la Iglesia con frecuencia el Aleluya, para demostrar a Cristo nuestra alegría de verle triunfador de la muerte, y para dar gracias al Padre por la gloria que tributa al Hijo. El Aleluya repetido sin cesar por la Iglesia durante 50 días, es como un eco continuado de aquella oración con que termina la semana de Pascua: «Concédenos, Señor, darte gracias siempre por medio de estos misterios pascales; y ya que continúan en nosotros la obra de tu redención, sean también fuente de gozo incesante».

Terminemos haciendo nuestras las palabras de esta hermosa oración que el beato Columba Marmión dirige a Cristo glorioso: «¡Oh divino resucitado! Tú eres el que viene a mí; Tú eres el que después de haber expiado el pecado por medio de tan atroces martirios has vencido a la muerte con tu triunfo y ya glorioso, solo vives para tu Padre. Ven, pues, a mí para destruir la obra del enemigo maligno, para desterrar el pecado y todas mis infidelidades; ven a mí para que yo me despegue de todo aquello que no eres Tú; ven para hacerme participante de esta sobreabundancia de vida perfecta que se desborda ahora de tu humanidad Sacratísima; cantaré entonces contigo un cántico de acción de gracias a tu Padre que te ha coronado en este día de gloria y honor como a Jefe y cabeza nuestro» Amén.